

¿DE VERDAD DÍOS ME AMA?



ALVARO GARCIA DE MOVELLAN HERNAINZ

ADVERTENCIA

ALINQUE ESTE CUADERNO ES TOTALMENTE INDEPENDIENTE PARA COMPRENDERLO DE FORMA ADECUADA SERÍA CONVENIENTE HABER LEÍDO PREVIAMENTE OTRO LLAMADO: "¿QUIÉN ERES TÚ PARA DIOS?". LO ENCONTRARÁS DE FORMA GRATUITA EN LA PÁGINA WEB:

WWW.CONSAGRACIONALAVIRGEN.COM

EN ESA MISMA PÁGINA WEB TIENES LA OPORTUNIDAD DE DESCARGARTE DE FORMA GRATUITA ESTE CUADERNO PARA PODER IMPRIMIRLO Y TENERLO EN FORMATO FÍSICO.

¿DIOS ME AMA?

Si. Muchísimo. Más de lo que te puedes imaginar. Dios te ama infinito porque no sabe amarte de otra manera. Él es infinito y solo te sabe amar de modo infinito. Su amor, compasión y misericordia hacia ti es tan inmensa, tan incomprensible, que jamás podremos llegarla a comprender en toda su infinitud mientras vivamos en este mundo.

-Pero, ¿y que pasa si he cometido muchos errores, muchos pecados, muchas suciedades y vicios? ¿Dios me sigue amando?

-Si, te sigue amando. Dios nunca quiere cortar la relación de amor con el ser humano. Somos nosotros, al cometer el pecado, quiénes rompemos esa unión de amor y nos alejamos de Él. Somos nosotros los que ensuciamos nuestra alma y la manchamos.

-¿Cómo puedo recuperar la amistad con Dios? ¿Cómo puedo limpiar y renovar mi alma?

-Es muy fácil: conviértete. Arrepíentete de todo corazón de tus pecados, pídele perdón a Dios y cambia tu vida.

-Mis pecados y mis culpas son muy grandes... ¿Me perdonará? ¿Me acogerá a mí que estoy tan sucio?

-No responderé yo. Responderá el mismísimo Señor por medio de su palabra: *Volved, hijos apóstatas... que no os pondré mala cara, porque yo soy compasivo* (Jr 3, 14. 12).

Vosotros andáis diciendo: "Nuestros delitos y nuestros pecados pesan sobre nosotros, y por eso nos estamos consumiendo. ¿Cómo podemos vivir así?"... "Por mi vida –oráculo del Señor Dios– que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra perversa conducta" (Ez 33, 10-11).

Si digo al malvado: "Irremediablemente morirás", pero él se convierte de su pecado y actúa con rectitud y justicia... ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de los pecados que había cometido será recordado (Ez 33, 14-16)

Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y no tropezaréis en vuestra culpa. Apartad de vosotros los delitos que habéis cometido, renovad vuestro corazón y vuestro espíritu... Yo no me complazco en la muerte de nadie... Convertíos y viviréis (Ez 18, 30-32)

Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien... venid entonces... aunque vuestros pecados sean como escarlata quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana (Is 1, 16-18)

¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, Yo no te olvidaré (Is 49, 15).

LA MISERICORDIA DE JESÚS

Cuando Dios se hizo hombre mostró de forma más palpable su rostro misericordioso. Jesús, durante toda su vida, en todos sus gestos, miradas y palabras mostró compasión y misericordia hacia los pecadores, revelándonos así la infinita misericordia de Dios: *Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores (1 Timoteo 1, 15).*

Bien que lo demostró durante su vida: con gran paciencia soportó a los pecadores, con incomparable amor los llamó a la conversión, con inefable caridad los recibía para perdonarlos...

Miremos a Mateo... era publicano –judío que recaudaba impuestos para los romanos–, oficio detestado por los buenos israelitas que consideraban pecador a todo aquel que lo ejercía. Jesús pasó a su lado y lo llamó: *Sígueme (Mt 9, 9)*. No lo trato como unapestado: lo miró con misericordia y lo llamó a seguirle. Luego lo eligió para ser uno de sus doce apóstoles... convirtió a un pecador en uno de sus más íntimos colaboradores...

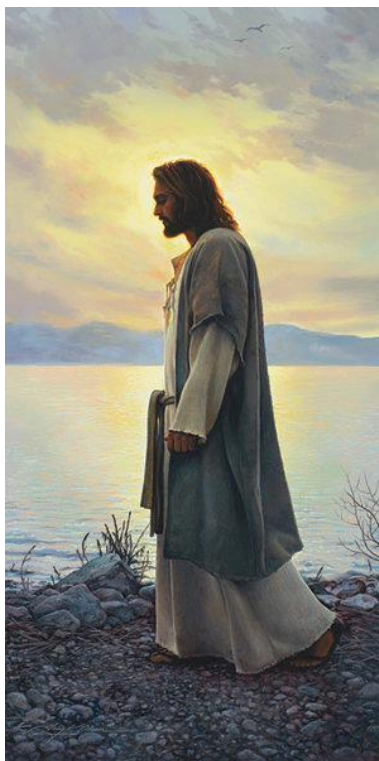
Miremos a aquella prostituta que entró en casa de Simón, un fariseo, donde estaba Jesús comiendo. Con lágrimas se puso a sus pies arrodillada. Todos estaban escandalizados: ¿qué hacía aquella mujer allí? ¿cómo se atrevía a tocar al Maestro aquella persona llena de impurezas y miserias? Pero Jesús no solo no la rechazó sino que viendo su profundo arrepentimiento le dio el perdón total diciéndole: *Han quedado perdonados tus pecados (Lc 7, 48)*....

Miremos a Zaqueo... era jefe de publicanos y ladrón. Recaudaba más impuestos de los debidos, robando a la gente. Abusaba de su cargo. Por eso era temido y odiado. Trabajaba en Jericó, donde había cosechado una gran fortuna. Un día pasó por allí Jesús. Un gentío inmenso quiso verlo. También fue Zaqueo, que se subió a un árbol para poder observarlo. “¿Qué habrá venido a hacer éste aquí? No es digno” pensaron muchos. Y sin embargo fue a él a quien Jesús se dirigió: *Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa (Lc 19, 5)*. El pueblo no entendió lo que pasaba: *Al ver esto todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador” (Lc 19, 7)*. No entendían la misericordia de Jesús. El corazón de Zaqueo se conmovió ante el amor del Señor. Decidió devolver lo robado y cambiar de vida. Jesús lo perdonó afirmando: *Hoy ha sido la salvación de esta casa (Lc 19, 9)*, recordando a todos que su misión principal era *buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19, 10)*...

Miremos a la mujer sorprendida en adulterio.... la trajeron ante Jesús. Querían apedrearla. El Señor lo evitó recordándoles a los presentes que todos ellos también tenían pecados. Luego, con suma bondad, le preguntó: *Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? (Jn 8, 10)*. Ella respondió: *Ninguno, Señor (Jn 8, 11)*. Y Jesús le dijo: *Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más (Jn 8, 11)...*

Miremos al ladrón crucificado al lado de Jesús... sus fechorías eran tan grandes que había sido condenado a la peor de las muertes... Justo unos minutos antes se arrepintió de sus males y suplicó al Señor: *Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino (Lc 23, 42)*. Jesús le dijo: *Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso (Lc 23, 43)...*

Su misericordia infinita se desbordó durante la Pasión. Entonces fue cuando Jesús, cargando con todos nuestros pecados, miserias y males, nos consiguió el perdón divino y la vida eterna. En el sacrificio de la cruz fuiste amado hasta el infinito. Dios entregó su vida, su sangre, todo, por ti.



LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA

Para que siempre confiáramos en su misericordia Jesús nos la explicó con tres maravillosos ejemplos. Son las llamadas “parábolas de la misericordia”.

Dice el Evangelio: *Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo (Lc 15, 1). ¿Por qué se acercaban a Él?. Es claro que porque se sentían tratados con cariño, con amor, con misericordia... Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos” (Lc 15, 2). Acoger a alguien –y especialmente comer con él– era signo de amistad. Los fariseos y escribas no entendían por qué Jesús hacía esto con los pecadores. ¿Es que acaso estaba de acuerdo con sus pecados?. Entonces Jesús dijo tres parábolas para explicar su conducta. Él acogía a los pecadores y comía con ellos porque les estaba ofreciendo una oportunidad de convertirse. Si la aceptaban sus muchos pecados, por graves que fuesen, quedarían inmediatamente perdonados y, lejos de merecer el castigo, pasarían a ser hijos de Dios y a heredar la vida eterna.*

PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA **(Lc 15, 3-7)**

¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra?. Con esta parábola Jesús nos demuestra que las matemáticas de Dios son muy distintas a las nuestras. Para Él de cien personas las cien son importantes. Nos quiere a todos. Uno solo de nosotros que se le pierda por el pecado le hace salir a su busca. No piensa: “Bueno... tenía cien almas... una me ha abandonado por el pecado... pero en fin: ¡tengo noventa y nueve! ¿Qué más da una?”. No. Para el Señor cada alma es única e insustituible. Si te pierdes debes saber que va a salir a tu busca, no va a conformarse, no va a abandonarte. Si tu vida se alejó de Dios, si tus pecados crecieron, si fueron o son muy graves, no vayas a pensar que Él te da por perdido. Ya salió a buscarte. Corre tras de ti. Te quiere de vuelta.

Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. ¡He aquí un rasgo hermoso de la misericordia de Dios que nos hace comprender lo real y verdadera que es: su profunda alegría cuando puede perdonar, cuando el pecador vuelve a su amor, cuando el perdido, por muy perdido que estuviera, se deja encontrar!



Os digo que así también habrá más alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. A veces pensamos que Dios está esperando que pequemos para castigarnos. Con estas palabras Jesús nos dice que la única alegría del Cielo es cuando un pecador se convierte. El Cielo no se alegra en el castigo. Se alegra en el perdón y la reconciliación. Cuando nos arrepentimos y pedimos perdón a Dios no somos aceptados a regañadientes, como si Dios dijera: “No tengo más remedio que perdonarlo ya que me lo pide”. No. ¡Somos aceptados con grandísimo gozo y alegría pues lo que más desea Dios es perdonarnos!

PARABOLA DE LA MONEDA PERDIDA **(Lc 15, 8-10)**

¿Qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra?

Esta parábola tiene el mismo mensaje que la anterior añadiendo dos detalles significativos:

1.- La poca importancia de lo que se busca. En la parábola de la oveja perdida se buscaba un animal que es valioso e importante. Aquí es una simple monedita. Dios nos quiere decir que hasta las personas que creemos menos importantes y valiosas tienen, a sus ojos, un valor grandísimo. Tú, si alguna vez has creído que vales poco o eres poca cosa, simplemente recuerda esta parábola y piensa que Jesús ha ofrecido su sangre –sangre de valor infinito– por ti.

2.- La minuciosidad con la que esta mujer busca la moneda: enciende una lámpara, barre la casa, busca hasta encontrarla... Jesús nos enseña que con tal de encontrar a un alma perdida es capaz de todo. Continuamente nos está enviando signos de su presencia amorosa, llamándonos a la conversión, a su perdón – por medio de amigos, libros, acontecimientos en nuestra vida...–

Cuando en la otra vida veamos todo lo que Dios ha hecho por encontrarnos quedaremos asombrados: ¡comprobaremos que nuestra vida ha estado llena de la misericordia de Dios que nos buscaba!

Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta. ¡Nuevamente la alegría como característica de la bondad de Dios! ¡Es tan bueno que nos hace sentir como si le hiciéramos un gran favor cuando recibimos su perdón, siendo así que somos nosotros los principales beneficiarios de quedar limpios y sanados del pecado!

PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO **(Lc 15, 11-24)**

Un hombre tenía dos hijos. Este hombre representa a Dios. Los hijos somos nosotros.

El menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. He aquí el momento en el que equivocadamente creemos ser merecedores de todos los beneficios que Dios nos ha regalado: el primero y esencial nuestra existencia; luego nuestro cuerpo,

con todas sus maravillas, con todas las magníficas oportunidades de disfrutar que nos ofrece con sus sentidos: vista, oído, olfato, gusto, tacto... nuestra alma, con todas sus perfecciones, con todos los hermosos sentimientos que nos traen alegría, gozo y paz a nuestra vida... Nuestra libertad, nuestra capacidad de amar... todo ello es un don de Dios, un regalo suyo del que de repente un día nos sentimos dueños absolutos y queremos vivirlo sin Él, alejados de su presencia.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. He aquí lo que supone el pecado: cuando lo cometemos abandonamos la casa del Padre y perdemos nuestra dignidad de hijos de Dios. Empezamos a usar mal la fortuna que Dios nos dio: nuestras cualidades. Usamos placeres prohibidos, excesos con nuestro cuerpo, abusos en nuestra libertad... quizás teníamos el don de un cuerpo bello, o de una gran inteligencia, o de una magnífica simpatía... todos estos dones dejamos de usarlos para el bien y los convertimos en instrumentos del pecado, en instrumentos egoístas solo para mi disfrute personal.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Siempre ocurre, tarde o temprano: el pecado no nos sacia. Los placeres pecaminosos, a la larga, nos dejan vacíos, tristes, insatisfechos... hemos sido creados por Dios y para Dios, y cuando nos alejamos de Él, la tristeza, la sensación de estar vacío y la falta de sentido de nuestra existencia cada vez se hace más y más profunda.

Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Hemos de tener en cuenta que para los judíos el cerdo era un animal inmundo e impuro. Al situar el destino de este hombre como apacentador de cerdos, muerto de hambre, deseando comer la comida de estos animales, está retratando a una persona que no ha podido caer más bajo: ¡queriendo comer la comida de animales impuros! Así somos nosotros en ocasiones: caemos muy, muy, muy bajo. Cometemos pecados vergonzosos. Hacemos cosas bochornosas. A veces nuestros pecados nos llevan a situaciones degradantes: nos vemos en dificultades, problemas, circunstancias totalmente horribles por culpa de nuestras elecciones equivocadas. Y nadie nos quiere ayudar. Pues cuando las cosas se ponen feas el mundo te da la espalda y los que se decían amigos desaparecen y te dejan solo.

Recapacitando entonces... He aquí un paso importante de este joven: "recapacitar". A veces estamos mal, nos sentimos vacíos, nuestra vida va cuesta abajo... pero seguimos igual, no pensamos, seguimos con el mismo estilo, las

mismas actitudes, los mismos errores, los mismos pecados y vicios. Es importante parar y recapacitar: darnos cuenta de por qué estamos mal.

...se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Este joven recuerda lo feliz que era cuando estaba con su padre; reconoce lo bien que están los simples jornaleros de su padre, lo que ha perdido por irse tontamente de casa. ¡Cuántas veces recordamos lo felices que éramos cuando estábamos junto a Dios! ¡Cuántas veces viendo a los creyentes felices, en paz, con una vida ordenada, sentimos el deseo de tener lo mismo!...

Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”... Es el momento de la decisión: no basta reconocer el error. Hay que levantarse de ese estado de postración y pecado en el que está, ponerse en marcha hacia su padre y pedirle perdón. Un perdón que no merece pero que necesita. Aunque no vuelva a ser tratado como un hijo mejor será ser un simple jornalero de su padre que continuar en aquella desesperante situación.

Se levantó y vino adonde estaba su padre... Y tal como lo pensó lo hizo. A veces pensamos que necesitamos a Dios, vemos lo importante de pedirle perdón, de volver a Él de convertirnos y hacer penitencia... pero no damos los pasos necesarios para hacerlo. Es importante no solo pensarlo y decidirlo, sino también ponerlo por obra...

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas;.. podríamos pensar que este padre estaba tan decepcionado con lo que su hijo había hecho que lo había olvidado. La parábola nos muestra todo lo contrario: un padre que tiene su mirada siempre en el camino por donde su hijo se perdió; un padre que siempre está esperando su vuelta; un padre que sigue queriéndolo con todas sus fuerzas. Lo ve desde lejos porque Dios solo espera un pequeño movimiento de arrepentimiento, un simple gesto que hagamos de volver a Él para darnos su perdón. Esto le basta. Él no tiene orgullo: no se hace el duro. Su amor a nosotros es tan inmenso que desde que abrimos un poco nuestro corazón –aunque sea una grieta– ya nos ve... ¿Y qué ocurre cuando Dios ve que queremos volver a Él, que venimos arrepentidos y avergonzados? Su corazón se conmueve....

Y echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos...

No son gestos fingidos ni forzados: ¡es el amor de Dios! ¡Así es su misericordia! Cuando el pecador más perdido decide volver a Él Dios se alegra enormemente y lo recibe con gran cariño y ternura. ¡Así te recibirá el Señor, sean cuales sean tus pecados, si vuelves a Él y le pides perdón!...

Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti ; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado".. El padre no deja que su hijo termine el discurso que había preparado. ¡Ni hablar de tratarlo como un jornalero! ¡Es su hijo, y como tal será tratado! Así hace Dios con nosotros. Aunque por culpa del pecado grave hayamos perdido la gracia de Dios y hayamos dejado de ser sus hijos, en el momento en el que volvemos arrepentidos a Él nos devuelve la dignidad perdida, nos devuelve la gracia divina perdida, nos restituye como hijos suyos: ¡nos prepara una magnífica fiesta vistiendo nuestra alma de su presencia y su gracia!..

Para la misericordia de Dios nunca es tarde. Dios no se cansa jamás de perdonar. Por oscuros, terribles, gravísimos que sean tus pecados, Dios los perdonará si vuelves a Él arrepentido. Aunque hayas caído repetidas veces en lo mismo, si pides perdón, lo tendrás. Si vuelves a sus brazos serás nuevamente recibido. Dios te reconciliará consigo y verás como te renuevas en tu interior: sentirás un peso que se va, una alegría nueva, una paz y felicidad superior...

Todo esto se hace realidad cuando nos acercamos al sacramento de la Confesión. Es ahí donde recibimos el abrazo misericordioso de Jesús. Es en este sacramento donde se derrama la sangre preciosa y divina de Jesús sobre nuestra alma para limpiarla, purificarla, renovarla...

DIOS Y LA VIRGEN TE BENDIGAN